

UN NUEVO COMIENZO

ver. 1.5

Parte 1.
La forja de un villano.

Hola, soy yo. Un ser humano. Nada más.
Los demás siempre me han visto como otra cosa. Un bicho raro, una curiosidad, pero nunca me han tomado en serio.
A los quince años ya dominaba veinte lenguajes de programación. A los nueve rompí la seguridad del banco en el que mi padre trabajaba. Uno de mis tutores, quizás la única persona que me trató como a un igual, el señor don Pedro Lara se esforzó porque me admitieran en un programa de estudios avanzados para alumnos dotados. Mis padres querían que yo fuera un chico normal, en la medida de lo posible. Pero no lo era, en mi cuarto había como cinco PC´s desmontados, soldadores, placas base, tres monitores con código en sus pantallas. ¿Normal?, los chicos de mi edad me parecían niños de guardería. Y los chicos mayores, me parecían narcisistas obsesionados con su pelo, sus bíceps, o su ropa. Me aburrían enormemente.

En mi casa la relación era normal, llegaba de clases y comíamos juntos, luego me marchaba a mi habitación. Mis padres ni siquiera se sentían orgullosos de que con dieciséis años entraría en la Universidad, lo ocultaban a sus amigos. Así que viví como alguien solitario. Solitario y feliz. Bueno, feliz hasta que la conocía a ella, pero más vale que deje esa historia para más adelante.

Con veinte años ya vivía solo. Cambiar de ciudad para unos cursos de doctorado fue la excusa perfecta, mi beca cubría todos los gastos, en una época en la que el Estado no daba prioridad a la educación. Vivía en un apartamento de una habitación, con un gato negro de año y medio al que llamé Tesla. Ambos vivíamos en nuestro mundo, yo delante de mi computador, él en sus siestas o mirando por la ventana durante horas. Cuando me iba a dormir, sobre las dos de la mañana nos

reuníamos en la cama, él enrollado a mi izquierda, ronroneando, y yo esforzándome por no quedarme dormido con las gafas puestas.

Cuando terminé mi curso de postgrado el Gobierno me había atado con un contrato de 24 meses, al parecer lo firmé cuando acepté la beca, por eso es importante leer bien lo que uno firma. Querían sacar rendimiento a mis conocimientos. No les culpaba por ello. Me dieron la certificación más alta de seguridad, tres psicólogos militares me hicieron todo tipo de preguntas, dos veces me hicieron pasar por el polígrafo, entrevistaron a mis padres, profesores y compañeros, y me hicieron firmar decenas de acuerdos de confidencialidad. Era el tipo más joven en alcanzar el nivel 1 de seguridad directamente, sin pasar por los niveles inferiores.

Uno de los miembros del equipo, Adrián, cuatro años mayor que yo, experto en seguridad, me llevó a una cafetería el día de mi admisión.

–El sitio es tranquilo, las comidas están bastante bien, pero lo mejor de todo, ¡hay Wifi bastante decente!.

Así fui como la conocí a ella. Es un poco triste decir que te enamoraste de una camarera, pero soy así, un tipo solitario, y encima el tema de las mujeres era algo completamente desconocido para mí.

¿Cómo era posible desplegar tanta elegancia con una bandeja, o sonreír con tal dulzura?. Así era ella. Se presentó y nos dijo los platos del menú del día. Si hubiera tenido el valor de hablar le hubiera pedido que me los repitiera sólo por escuchar esa voz tan dulce.

–Ese plato del día no está incluido compañero– me dijo Adrián, sacándome de mi ensoñación con una sórdida vulgaridad.

Desde ese día, rara vez me saltaba una comida... en esa cafetería.

El centro nacional de Súper computación es una red Europea de seguridad. Básicamente se dedican a procesar toda la información que hay en la red y que tiene que ver con las actividades terroristas que amenacen a la Federación Europea, nuestros aliados Yankis, nuestros intereses comerciales, o los intereses de los altos cargos como el Presidente, Ministros, o altos funcionarios. Esto último era un poco más difuso, ya que al final era el partido político de turno el que se dedicaba a espiar a los opositores y así sacar ventaja en la campaña de elección. ¿Qué les interesaba?, de todo, trapos sucios, quien se acostaba con quien, los argumentos que usarían en campaña, la ficha médica del equipo opositor, si iban a viajar a alguna parte y cuando, todo. Y lo mejor de todo, es que contaban con el silencio de nosotros, los monos de la Agencia de seguridad mientras ellos usaban los recursos del Estado para jugar sucio en su campaña electoral.

Cuando yo llegué el CNS se usaba de manera bastante ordenada, había protocolos para todo. Tenías que justificar cualquier cosa que hicieras. En cuestión de dos meses comenzó la precampaña electoral y nos llegaban peticiones de monitoreo al partido opositor y los partidos menores, sondeos de opinión para preparar los programas políticos a gusto del electorado, conocer las intenciones de voto. Vamos, estaban violando el sistema para sacar partido. Era vergonzoso.

Esto era algo que se sospechaba. ¿Qué ganaba con denunciarlo?, ya lo hizo Snowden, y mirad cómo acabó, cuando los Rusos le sacaron toda la información que les interesaba se lo entregaron a los americanos, y estos lo encerraron de por vida. No. Yo no tenía ni la madera, ni las ganas de ser un mártir. ¿Denunciar el sistema?, no servía de nada, la opinión pública era como un niño con déficit de

atención, tras el anuncio de corrupción los de arriba sacarían otra noticia: un tiroteo en una guardería, o las imágenes de un Centro comercial derrumbándose, y la noticia de la corrupción sería historia. Al gran público no le interesa la verdad, le interesa el entretenimiento.

Chocar con la cruda verdad me dejó sonado como un boxeador al que noquean de lleno. Tenía 21 años, y aunque os parezca absurdo, realmente pensaba que el Ministerio del Interior y la Agencia de Seguridad Nacional velaban por proteger a los ciudadanos, y eran escrupulosamente leales cuando se trataba de nuestra privacidad. Un cuerno.

Salí del trabajo con una nube negra encima de mi cabeza. La rabia de ver cómo nos manipulaban y robaban me comía. Me senté en mi mesa habitual y ni siquiera la dulce voz de Rebeca alivió mi amargura.

-¿Un mal día?- me preguntó. ¿Qué podía responderle?, "sí, peor de lo que imaginas, resulta que no vives en un país libre, sino en un tinglado donde unos políticos y sus mecenas de la Banca te manipulan por todos los medios, te espían y juegan tan sucio que Corea del Norte me parece el paraíso de la libertad". No, no podía decirle eso. Me encogí de hombros y murmuré:

-Podía haber sido mejor-

Así soy yo, el no va más de la seducción femenina. Cuando terminé y me devolvió el cambio me dijo:

-No te preocupes, mañana mejorará.

¿Cómo no iba a amar a esa chica?. Lo único es que no tenía razón, mañana sería más de la misma bazofia. El mismo mundo, la misma condición humana.

Otros quizás se hubieran conformado, "ok, con que me paguen el sueldo a final de mes yo me limitó a hacer lo que me pidan". Así pensaban los burócratas no nazis que trabajaban para los nazis. Yo no soy así. Soy un idealista suicida. Ambas cosas son necesarias. Adrián, mi compañero, estaba tan indignado como yo, pero se conformaba. Y eso que a veces usaba el sistema para leer los correos de su ex novia, o cerrar la cuenta de Facebook del tío con el que estaba saliendo.

-Da igual lo que hagas, nada va a cambiar- me decía en nuestras largas jornadas de trabajo.

-Te equivocas, si no haces nada no cambia nada. Pero hay que hacer algo- le decía yo.

-¿Y qué más da?, ya lo has visto, los que gobiernan ahora son iguales que los que les reemplazarán. Da igual unos que otros. Los mismos lobos sedientos de poder, es una batalla perdida.

-No, es una batalla que nadie ha comenzado.

-Sí, claro, díselo a Snowden, o al soldado Bradley Manning, quien por cierto era un capullo como nosotros dos, muerto de aburrimiento, como nosotros dos.

-Esos dos tíos cometieron el mismo error. Yo no pasaré por lo mismo.

-¿Ah sí?, pues tú dirás que se puede hacer.

Y me puse a trabajar. ¿Cómo ser eficaz en la lucha contra un sistema que está diseñado para perpetuarse?. Me daban las tres de la mañana muchos días, tomando notas, fantaseando con posibilidades de todo tipo. Pero una y otra vez me chocaba contra la misma pared, la maldición Snowden-Manning, denunciar para que no pase nada.

Como no me fiaba de Internet, tomaba notas en cuadernos, usando un código que sólo conocía yo, de algo me servía mi doble doctorado en criptología combinada.

-¿Escribes una novela?- me preguntó Rebeca, mirando los garabatos en mi cuaderno.

Una vez más me volvía a fallar mi falta de valor. Balbuceé algo incomprensible, y me limité a hacer lo que mejor se me daba, mirarla desde la distancia.

Si os cuento cómo me vino la idea me creeríais loco. Y no estáis desencaminados. Hacía zapping en una habitación de un hotel de Barcelona, nos habían llevado para una reunión con militares y yo iba en calidad de jóven promesa con mi larga lista de logros académicos.

Curiosamente dí con un canal religioso, iba a continuar haciendo zapping pero el maldito mando se quedó sin pilas en ese oportuno momento, mientras un predicador vociferaba no se qué sobre el fin del mundo. La sola idea de que el único canal de la TV de mi habitación fuera el canal religioso me espantaba. Pero algo me marcó:

-¡El fin del mundo hermanos!, ¡no lo temáis!, ¡el fin del mundo es un nuevo comienzo para la humanidad!, ¡Dios sacará la paja y la quemará!, ¡limpieza general!, ¡ALELUYA!.

Tranquilos, no me volví un fan de la religión, pero el concepto me hizo pensar: no podía modificar el sistema, pero sí podía hacerlo estallar por los aires. Me levanté de la cama vestido únicamente con mis calzoncillos y grité:

-¡Aleluya!.

Reventar un sistema no es tan fácil, pero ya os he dicho que dominó unos cuantos lenguajes. Es cierto que nunca le había hablado a una chica hasta que empecé a pedirle el menú del día a Rebeca, pero eso me sirvió para aprender un poco de Kung-fú digital y repartir leches como Neo en Matrix.

Estuve escribiendo código como un poseso. Pensaba infectar todo el sistema con troyanos, puertas traseras, y todos los trucos sucios que existían, más algunos de mi propia cosecha.

Como siempre cada día iba a comer a mi cafetería, me llevaba mi Netbook de 250 Euros y trabaja desde allí a contrareloj. ¿Por qué un Netbook?, os parecerá raro, pero un Netbook no despierta sospechas entre los idiotas que estaban por encima mía. Además, mi Netbook estaba modificado por este servidor, tenía una unidad SSD de 1,5 Tb, 16 Gb de RAM DDR4, y una batería híbrida de 9 celdas. Además, tenía el destino de un país entero en mis manos. Cincuenta millones de idiotas adictos al entretenimiento basura, y una clase política de 100 mil sinvergüenzas que subían sus sueldos y cerraban hospitales.

Por supuesto bajó mi rendimiento y me llamaron un par de veces al despacho del Subdirector de Seguridad. Un memo que no sabía ni lo que hacía, sólo sabía que cada vez que un político me pedía que leyera los correos de las fulanas con las que se escribía un compañero de partido, tardaba cuatro días en mandárselos.

Pero yo iba un paso por delante. Los idiotas de mis jefes ni siquiera olían lo que estaba haciendo, no eran técnicos, sino cargos de confianza nombrados por el partido. Así que cada día, delante de sus narices, me dediqué a Hackear el CNS y a meterme en cada departamento, ministerio, secretaría, creándome una puerta trasera segura inyectando mi código y haciéndome más y más fuerte.

Adrián, había visto lo que hacía y se quedó pálido. Yo se lo conté.

-Yo no he visto nada- dijo con la voz temblorosa.
-Sí, lo has visto- le dije- y estás de acuerdo con lo que voy a hacer.
-Mañana pediré el traslado al Centro de datos de la Seguridad Social.
-Me parece bien, cuando esto explote más vale que estés lo más lejos posible.
En ese momento quedaba un mes para las elecciones. Aún no lo tenía todo listo.

Quedaba un mes para las elecciones y tenía que terminar mi trabajo. Mis tentáculos se extendían a toda la administración del estado, disponía de uno de los centros de super computación más avanzado del mundo, y de una serie de programas de intrusión que dejaban en mal lugar a Stuxnet. La cámara de Comercio, Hacienda, Fiscalía, las Bolsas de cada ciudad Europea, las cuentas del Estado. No amigos, no soy un antisocial, sino un benefactor. Si algún día me descubren mi foto ocupará un lugar junto con la de villanos, terroristas y malhechores. Lo que no saben es que en realidad le hice el mayor favor a mi país.

Me gustaba verme a mí mismo como un Ender Wiggin contemporáneo, ¡mal nacidos!, os salvé de los insectores y ahora me llamais Xenocida. Sois vosotros, humanos, la peor especie, la más peligrosa, anodina, violenta y superficial.

Estaba llegando al límite de mis fuerzas, y al final de mi trabajo. Había que revisar que todo estaba bien, y que la explosión que acabaría con todo no se quedara en unos cuantos petardos de fin de año. Tan sólo la excitación me mantenía despierto, aunque a veces deliraba, hablaba sólo, o encontraba enormemente divertido que el de seguridad se despidiera de mí diciendo cosas como:

-Hasta mañana.

Yo pensaba, "sí claro, ¡hasta mañana!, o ¡hasta nunca!". Y estallaba en una risa maniaca. Luego me derrumbaba y me quedaba dormido esperando que la máquina del parking me diera el ticket.

-Estás muy pálido hoy- me dijo Rebeca trayendo mi té.

Me quedaban dos semanas para las elecciones y ya había terminado de hacer las pruebas de una serie de bombas lógicas en cada cimiento del Estado de la corrupción y la diversión cutre.

-Dime, si tuvieras que eliminar algo de esta sociedad, ¿qué sería lo primero que borrarías?- no sé cómo me atreví a hablarle, supongo que estaba tan cansado y febril que ni siquiera me paré a pensar en lo vergonzoso que soy, y que delante mía tenía a la única mujer que iba a amar.

La chica se quedó pensativa. Sonrió e inclinó su cabeza con tal elegancia que saqué fotos mentales para observarlas en las largas horas de insomnio.

-Los que participan en las tertulias todas las noches- dijo segura de sí misma- no... no puedo con ellos.

Anoté en un cuaderno su deseo.

-¿Sólo eso?- le pregunté.
-¿Qué vas a hacer?- me dijo riendo divertida.
-Tú dime de quien quieres que me ocupe y hundiré su reputación.
-Bien, la lista puede ser larga.
-Lo entiendo, ¿qué te parece si te espero cuando acabe tu turno y me das más detalles?.

¿ERA YO QUIEN ESTABA HABLANDO O ERA OTRO?, escuché mis palabras como si las hubiera dicho otra persona.

-De acuerdo, salgo a las cinco, ¿te viene bien?.

No, no me venía bien, yo había terminado de trabajar a las tres, así que tendría que esperarla otras dos horas, pero le dije que me venía perfecto. Perfectamente perfecto. Me fui a la cafetería de al lado e hice tiempo, haciendo como que trabajaba, pero con mi mente sumida en un caos. Bendito agotamiento, me había dado el valor para vencer mi timidez. Pero lo mejor de todo, aquel ángel había accedido a tomar un refresco conmigo.

Estuve media hora antes de que saliera, de pie, en la entrada. Pensaba, ¿y si se echa para atrás?, ¿y si la llama su madre recordándole que tiene que acompañarla a su cita con el podólogo?, ¿y si le llama su ex novio pidiéndole perdón?.

Jamás la había visto sin su uniforme. Estaba aun más hermosa. El corazón se me paró dos segundos. En serio, sentí el pinchazo en el pecho y dolor en el brazo.

-¿A dónde me vas a llevar?, por favor, que no esté cerca de donde trabajo.

Me acordé de una elegante cafetería al lado de mi apartamento, los cafés costaba más de cinco Euros, así que debía estar bien.

-¿Puedo hacerte una pregunta?- me dijo ella. Llevaba el pelo suelto, le quedaba aún mejor que la coleta que llevaba trabajando.
-Lo que quieras.
-¿Cómo es que te has atrevido a hablarme después de un año que vienes a comer a la cafetería?.
-Quizás es porque llevo casi tres días sin dormir. He perdido las inhibiciones.
-No te ofendas, pero pensaba que eras autista, o algo así.
-Lo sé, me lo merezco.
-¿A qué te dedicas?, perdona la pregunta, pero llevo viéndote todo este tiempo y no sé a qué te dedicas.
-Super computación, seguridad, Firewalls, intrusiones, procesado cuántico de Petabytes, criptografía.
-Ni idea, pero era lo que pensaba. ¿Eso es lo que estudias?.
-Terminé el segundo doctorado hace casi dos años. Ahora trabajo para...
-Un momento, ¿que terminaste un doctorado... a qué edad?.
-A los veintiuno. Eso explica por qué no sea capaz de hablar con chicas como tú.
-¿Chicas como yo?, ¿a qué te refieres?.
-Chicas tan hermosas como tú.
-Vaya, pues sí que has dormido poco. ¿Has tomado alguna droga?.
-Nunca. La vida de empollón es una vida monástica.

Entramos en la cafetería y pedimos nuestras bebidas. Yo pedí un té y me fijé en un gato que desde la calle me miraba fijamente a través del escaparate.

-Y ahora dime, ¿a qué viene esa pregunta que me hiciste?.
-¿Crees en el fin del mundo?- le pregunté.
-No. No creo, no soy muy religiosa.
-Yo tampoco. Pero creo que lo sería sólo por disfrutar de esa creencia. Piénsalo bien, el fin del mundo es como un gran proceso de limpieza. Cuando la suciedad llega a un límite intolerable hace falta algo más que limpiar el polvo, hace falta sacar todos los muebles, alfombras, cortinas, camas, todo, sacarlo fuera y meterle fuego. Y luego hacer limpieza y comprar muebles nuevos.
-Da un poco de miedo, la verdad.
-¿Y no te da miedo el mundo en el que vivimos ahora?. Todo el mundo está harto, pero nadie hace nada. Todo nos quejamos, el FMI pide que nos bajen los salarios, necesitas tres vidas para pagar un piso, tienes hijos a los cuarenta y cinco

porque antes no puedes, corrupción, el desmantelamiento de los servicios públicos. Nuestros padres vivieron mejor que nosotros. La fiesta se terminó. <<No hacen falta elecciones. Hace falta un nuevo sistema. El que tenemos ahora no sirve, lo que pasa es que los que mandan en este sistema no quieren cambiarlo. Ok, eso tiene solución. Yo tengo la solución. Pero antes cuéntame de tí, llevo mucho tiempo deseando conocerte.

Rebeca era hija de padre ecuatoriano y madre española. Ambos separados. Estudió contabilidad financiera y debutó en el mundo de la hostelería después de tres años mandando currículums, y seis meses cobrando el nuevo salario mínimo de 400 Euros en un despacho de Abogados. El trabajo de camarera era, en comparación, la oportunidad de su vida. Le gustaba la música y tocaba el violonchelo, amaba la novela Victoriana, y lo que era más importante, le gustaban los gatos.

Con esa información me sentí el hombre más dichoso. Dieron las diez de la noche y seguíamos hablando, así que fuimos a comer un Kebab cerca de allí.

–Dime, ¿realmente puedes hacer todo eso que me has comentado?.

Mordí mi chorreante rollo de Kebab y medité mi respuesta.

–Trabajo para una agencia del Gobierno que espía todo lo que hacemos. Me he dedicado a abrir agujeros de seguridad en cada institución, banco, sistema, de este país y de algunos de nuestros aliados europeos. Puedo leer los correos del presidente, o poner el escudo de misiles antiaéreos en estado de alerta, puedo hacer quebrar las bolsas del país, puedo vaciar las cuentas del estado y puedo mandarnos a la edad de piedra.

Rebeca pensó que exageraba. Pero antes de hacer una demostración quise que entendiera bien mis motivos.

–Mira. Lo que voy a hacer es necesario para que este sistema no se perpetúe. ¿Sabes dónde estaremos dentro de cinco años?, con dos clases sociales, una mayoritaria, de esclavos, gente que trabaja doce horas para comer y vivir en un piso con cuatro familias más, y otra clase de ricos, pocos, pero felices de tener tanto pobre al que explotar por un plato de puré de patatas. Antes de que pase eso voy a dinamitar el sistema, empezar de nuevo.

–Nunca lo había visto así, pero lo entiendo.

–Ok, ahora te haré una pequeña demostración. ¿Qué quieres, apagón, policías o alarmas de protección civil?.

–Ok, apagón, pero corto, y quiero a los bomberos aquí.

Saqué el Netbook y me logueé. Conocía los sistemas bien, en tres minutos tuvimos apagón en toda la barriada. Cuando la luz volvió cuatro camiones de bomberos entraron a toda prisa y son desalojaron.

–Siento que no te terminaras tu Kebab– le dije. Pero en sus ojos veía que ya era una creyente. Una devota y fiel creyente.

Me sentí un poco mareado. Bueno, la verdad que tenía un mareo de la leche.

–¿Estás bien?, estás blanco como una pared.

La sangre no me llegaba a la cabeza, ¿cuanto tiempo llevaba sin dormir?, casi ni me acordaba. Todo me daba vueltas y las piernas se me doblaban.

Ella me ayudó a llegar a casa. El agotamiento me había pasado factura. Me dejé caer en mi cama, ni siquiera le di las buenas noches.

Parte 2.

El Ragnarok.

Me desperté a las once y media. En realidad me despertó el delicioso olor de una salsa de tomate y carne como la que preparaba mi madre para hacer pasta. Rebeca estaba en mi diminuta cocina.

–He tenido que comprar algunas cosas– me dijo– no tenías de nada.

Mi gato Tesla daba vueltas alrededor de ella, frotando su cabeza.

–Veo que ya conoces a Tesla.

Ella sonrió.

–Siento estropear la velada con mi desmayo, muy poco varonil por mi parte.

-No tienes que pedir disculpas. Ha sido la velada más interesante que he tenido nunca, ¿tienes hambre?, deberías comer.

Nos sentamos a comer.

-¿Hoy no tienes turno?.

-Lo he cambiado con una compañera. Además, ¡el mundo se acaba!. Se te olvidó decirme cuando.

-Queda una semana y media.

-Justo con las elecciones- me dijo- ¿qué planes tienes para el fin?.

-Me gusta ver los fuegos artificiales desde lejos. ¿Te apetece venir conmigo a Finlandia?.

-¿Qué hay en Finlandia de interesante?.

-Glaciares. Los más bonitos del planeta.

-¿Cuando?.

-Pasado mañana.

-Me parece que no tengo planes para mucho tiempo.

-Cuando esto se caiga más vale que te pille fuera. El país saldrá adelante, pero antes habrá una buena purga, seguramente al estilo Francés, con guillotinas en las plazas. No derramaré ninguna lágrima por los ladrones.

-Ni yo.

Comimos juntos y vimos una película de Bruce Willis. Mientras, yo trabajaba revisándolo todo. Saqué los billetes para Finlandia. Sólo ida.

-¿Y después de las elecciones?, cuando.... todo lo que tenga que pasar ocurra, ¿cuales son tus planes?.

-Llevo más de un año intentando hablar contigo, no se me ocurre nadie más con el que pasar el resto de mi vida.

La tomé de la mano. Ella me miró la mano con ojos grandes como platos.

-Es una propuesta seria y meditada. ¿Qué dices?.

-Vamos a ver esos glaciares y discutimos tu propuesta.

Epílogo.

El día de las elecciones, antes de terminar el recuento de votos el mundo se terminó. Las bolsas se hundieron. Los sistemas de emergencias colapsaron. Las televisiones y los diarios online emitían vídeos sobre los robos de la clase política, conversaciones privadas, vídeos con sus fiestas, textos en pantalla que decía: FELICIDADES, HAS VOTADO 4 AÑOS MÁS PARA QUE TE ROBEN. No emitían nada más. Luego vino el apagón. Ni televisión ni radio, tampoco Internet.

Y llegaron los saqueos, los incendios, los ataques a edificios públicos, los linchamientos. El ejército quiso hacerse cargo de la situación, pero no eran capaces de coordinarse. Fueron dos semanas negras.

De las cenizas del caos se crearon comités populares, juicios populares, incluso hubo algunas ejecuciones. Y de los comités de ciudadanos se formó un Comité constituyente, formado por profesores, abogados en ejercicio, comerciantes, amas de casa.

Un nuevo comienzo. Doloroso, sangriento, pero lleno de esperanza.